

la mejor fruta que hay en la rívera.
 Nada digo del cuervo malhadado,
 justamente de todos despreciado,
 pues á mas de ser sucio y asqueroso,
 pestilente, átezado, fastidioso,
 de grazvido agoreo,
 gloton y carnívero,
 tiene por suerte otra mejor partida,
 que si llega á encontrar carne podrida,
 qual el manjar mas rico,
 ceba su corvo pico,
 y el buche inmundo de gígote atesta,
 que de vil hediondez el ayre infesta.
 Por Júpiter sagrado que no hubiera
 género de castigo que no diera
 á tales puercos; vaya, me apasiono,
 y no puedo mirarlos sin encono.
 Pues ¿y el Señor Don Mirlo?
 No quisiera decirlo,
 porque á nausea me mueve el ranaquijo,
 al ver que desde el pico hasta el zancajo,
 es un puro cochambre,
 y aunque el dorado alambre,
 mérito quiera darle, ¿á quien no inquieta
 que siempre va el tal vicho de vareta?
 Así pues declamaba con denuedo,
 no el tigre, que á la selva pone miedo,
 no del reyno animal el juez brioso,
 ni el noble potro, ni el caballo ayroso,
 ni la perdiz del prado,
 ni el torcaz del collado,
 pues quién? dirá el lector, quién? no lo atina,
 ¿quién podrá ser al fin? una cochina,
 que de cieno hasta el cuello,
 con el mayor desuello
 de marranos á todos, los moteja,
 siendo ella desde rabo á oreja.
 ¿A cuántas les vendria de perilla

